



BIBLIOTECA DE AUTOR

CECILIA AZZOLINA

Todas las cárceles

EL GUARDIÁN LITERARIO

CECILIA AZZOLINA

Todas las cárceles



EL GUARDIÁN LITERARIO

*Dedico esta novela a Luciano,
mi gran amor y compañero.
Gracias por tu apoyo y amor cada día.*



Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>La madera con la cara desdibujada</i>	15
<i>El hombre de cabello rizado</i>	19
<i>La niña que fui</i>	27
<i>Brotos de felicidad</i>	33
<i>Huérfana de Dios</i>	39
<i>Hasta la carne</i>	47
<i>El cuarto oscuro</i>	53
<i>Los ojos bien cerrados</i>	55
<i>Al final del pasillo</i>	59
<i>Castillo de cristal</i>	63
<i>Estado de ensoñación</i>	67
<i>Fin de fiesta</i>	71
<i>Frente al espejo</i>	77
<i>Soñé que era una lombriz</i>	85
<i>La guarida</i>	87
<i>Revelación</i>	93
<i>El llanto del pájaro negro</i>	99
<i>Preciosa soledad</i>	105
<i>Deshoras</i>	119
<i>No olvides tu nombre</i>	121
<i>Muñeca vudú</i>	137
<i>El acantilado</i>	141
<i>La siesta</i>	145

Prólogo

Quisiera exponer ampliamente este ejemplar de la femineidad, sin la menor restricción, y en plena libertad para glosar esta obra llamada **Todas las cárceles**; pero sólo se me ha permitido hacerlo en pocas palabras. Y eso haré, o al menos trataré.

Para empezar, conviene aclarar al menos dos cuestiones:

En primer lugar, el título no hace referencia a ninguna cárcel de nuestro país, ni de ningún otro lugar del mundo. En segundo lugar, me honra que la autora me haya invitado a prologar su libro.

Claro está que yo podría profundizar y contar el argumento y el porqué del título, pero sería un pecado y no haría más que estropear su lectura.

La cosa es así: **Todas las cárceles** nos devuelve a la realidad y nos refugia en cada recuerdo de nuestra infancia y adolescencia.

¿Quién no ha experimentado frustraciones sentimentales? ¿Quién no se ha aventurado en amores románticos y en amores idílicos (y algunos tortuosos)? ¿Quién

no ha experimentado una inquietud sobre la vida, la muerte, las personas, la propia familia, la felicidad, el sufrimiento?

Esta novela se concibe como una respuesta a estas inquietudes, con manifiesto sentimiento de olvido y nostalgia, y con expresas palabras de paz y liberación.

Ally es la protagonista de esta novela, ella nos confiere perspectiva sobre sus inquietudes acerca de la vida, relatando algunas experiencias trágicas, fundamentadas en una realidad reconocible para ella, y muchas otras en la que se cuestiona los límites entre lo que puede ser real o no. En ocasiones se desarrollan momentos muy sencillos y banales, en una narración con profundos matices, y por otro lado, el desorden en su vida y sus devenires en una narración precisa, desde que es una niña y mientras atraviesa la adolescencia y juventud: su relación compleja y su visión crítica con las demás personas, sus contradicciones, deseos, dilemas existenciales, conflictos familiares y prejuicios morales, que desencadenan en un extraño espectro imaginativo de la propia escritora.

Sin embargo, los dilemas que circulan por la trama de la novela y ante los cuales la protagonista se encuentra, la envuelven y la llevan a decisiones que antes no había manifestado: salir de su prisión-caparazón y abrirse al mundo.

Más efectiva es la influencia del surrealismo, de lo onírico y del inconsciente, de lo fantástico sin salir de lo cotidiano: se reconstruyen situaciones del pasado y del presente que se reducen a una muerte inesperada

y a una historia de amor surrealista, desarticulando el sentido común de la imaginación con la presencia de un extraño personaje en el papel de hombre ideal, un vínculo deseado que acompaña a la protagonista en su aventura erótica.

Ally expone sus íntimos sentimientos y analiza su existencia a través de un montaje de bloques textuales parcelados en un pequeño diario de recuerdos que tienen para ella un significado relevante: los sueños, el amor, la muerte, la libertad, la locura y la niñez.

La autora nos regala una opera prima introspectiva y atrevida, donde los relatos dan cuenta de una escritura desenfadada, que se abre camino a un mundo donde lo ficticio y maravilloso confluye con lo real, y que funciona de manera sutil en un conjunto construido por la innovación lingüística, donde varía la técnica y el lenguaje.

El tiempo y la realidad se distorsionan, y los límites entre lo real y lo ficcional son difusos, se desvanecen en momentos trágicos y momentos muy simples, con una enorme profundidad psicológica que nos separará de lo que hemos imaginado acerca de la realidad de *Ally*, como si ella estuviera contándonos veintitrés sueños diferentes.

Todas las cárceles es una novela experimental que traslada la subjetividad, estableciendo lazos de complicidad con el lector para conectarlo con experiencias íntimas.

A veces como narradora omnisciente que se traslada en el tiempo y en el espacio, y otras como narradora avec y falsa tercera persona, la autora utiliza diferentes recursos a través de un collage gramatical para develar

todos los ángulos de la protagonista y entretejerlos así en una estructura uniforme.

Desde luego, *Todas las cárceles* es muchas cosas: una novela, una confesión, una crónica, y puede ser muchas cosas más, pero definitivamente es una reconfortante colección de fragmentos que se despliegan como una colmena, que refleja memorias unidas por una única particularidad, que fluctúa entre lo más hermoso y escalofriante de la existencia: la soledad.

14

CECILIA AZZOLINA

Luciano Onetti

Director y guionista de cine



La madera con la cara desdibujada

Ally tambalea de un lado a otro con su pollera rojo chillón y su blusita de elefantes amarillos. En sus pies lleva zapatos de charol y disfruta hamacándose, corriendo cada tanto unos pelos que la brisa húmeda pega en su cara y dificulta su visión; sus rodillas están ligeramente cubiertas de tierra, su mirada tímida de costado y silencioso estar evidencian que algo le sucede.

A su lado meciéndose hay un chico, cercano a su edad, unos cinco o seis años, tiene pelo negro y ojos oscuros rasgados; en una mano lleva un trozo de madera pintada con una cara toda borroneada, la apunta al cielo a cada ida y venida y convida al sol riendo entre muecas.

El cielo está teñido de colores lilas y rosas entreverados entre sí, fusionándose simula una pintura de óleos preciosa, con matices que confunden a lo lejos su verdadero color.

Ally y el nene se miran de reojo a través del hierro y aceleran los pies compitiendo quién va más rápido, el nene tiene más fuerza en sus piernas y le saca unas

cuantas vueltas a ella que se resiente por lo bajo diciendo palabras inentendibles.

Súbitamente el juguetito de madera del chico se resbala de sus manos en el aire y ella, entre movimientos circenses intenta rescatarlo, cayendo de la hamaca y estampando sus frágiles manos en el piso de cemento.

El nene corre a socorrerla y la ayuda a levantarse, pero una piedra hace que tropiece y caiga a su lado casi encima de ella y así ambos quedan enfrentados.

Se miran, se esquivan, él agarra su mano sin querer y la retira furioso.

—¿Por qué me tocás? —replicó Ally alejándose como un cachorro asustado.

El nene respondió haciéndose el confundido:

—Yo no te toqué.

—¿Ese juguete es tuyo? ¿Quién es?

—Es mi ángel —dijo él tímido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ally.

—No tiene nombre. Solo vive en la tierra, mi mamá dice que es un ángel caído.

—¿Y tu mamá? ¿Cómo se llama?

—Devolveme mi juguete —dijo el nene precipitadamente avanzando desafiante hacia ella.

Ally había agarrado con fuerza su ángel sin darse cuenta, estaba temblando, lo tenía amarrado entre sus piernas, como cuidándolo de algo que pudiera lastimarlo, quizás él, su dueño, no lo sabía.

Ella levanto la mirada para disculparse y se encontró con una mirada transparente y dura. Ally al verlo reaccionó como quién mira algo por primera vez y le resulta conocido. Parecían dos animales de la misma especie olfateándose.

Alicia estiró sus manos para devolverle la madera pero en una fracción de segundo él la tomó fuerte de ellas arrebatándoselo.

No pudo decir nada, porque cuando quiso emitir palabra, él ya estaba lejos, corriendo con los pantalones orinados y perdiéndose en la neblina del atardecer.

Ally quedó sola, en total mudez y desconcierto; sin nadie a su alrededor que contemplara lo sucedido; tenía las rodillas lastimadas y se pasaba la mano palpando el dolor. Por un momento quedó turbada.

Después, sin ninguna explicación empezó a llorar, sentía en el pecho la extraña sensación de haber estado en ese lugar antes.

El hombre de cabello rizado

Me desperté absorta y confundida de un sueño absurdo, como en la mayoría de mis sueños, no podía correr ni gritar cuando el miedo me paralizaba, vidrios que pisaba descalza regaban el suelo de sangre conformando un charco espeso. Oscuros túneles me llevaban a lugares desconocidos lejos de casa, de la calidez de las manos de mamá aún siendo una nena carente del tacto materno; la indiscrutable sonoridad albergada en el exterior de mis pupilas a razón de lo que se encuentra allá afuera. Pasajes infinitos de incertidumbre, siempre el mismo hombre observándome a lo lejos con sus enormes ojos rojos brillando en la oscuridad de la noche —desde chica lo sueño. La transpiración de mis manos y la debilidad de mis piernas a la hora de escapar.

La mayoría de las noches tenía pesadillas. Me despertaba a tediosas horas de la madrugada mojada y consternada y después no podía volver a dormirme. Daba vueltas hasta la hora de levantarme para ir a la escuela. Y siempre me encontraba más cansada que mis compañeros. Me dormía en el banco mientras la profesora

daba la clase; lo cual le molestaba muchísimo y después me lo recriminaba. Mis padres nunca podían asistir a las reuniones y mucho menos a los llamados de trasmano que hacía la bicha de la maestra para denunciar mi comportamiento durante sus clases. Pero lo cierto es que era la única a la que se lo hacía, era vulnerable. Se la agarraba conmigo porque era la más débil y lo sabía. Ella era de esas personas ponzoñosas que pueden absorberte el alma solo a través de la mirada. Que sienten odio por nada, o quizás tenía el corazón ennegrecido por dolor y era la única forma de expresarlo, no lo sé.

Los que se sienten fracasados, frustrados —conozco algunos— suelen tener una especie de radar a la hora de enganchar a las personas con su magnetismo oscuro y venenoso. Y justamente, los más débiles son vulnerables a ser las víctimas, porque no tienen la fuerza necesaria para imponérselos. Yo era una de esas, en mi interior ardía una vehemencia que me quemaba por dentro, pero había algo que no me dejaba hablar. Una incapacidad para comunicarme que me hacía introvertida y vergonzosa.

El carácter de la maestra era tosco y no me inspiraba ningún respeto. Tenía una manera muy peculiar de hablar que hacía que todo el alumnado la detestara.

Vuelvo al sueño por un momento. Aquel sueño extraño se quedó impreso en mí durante mucho tiempo: caminaba por una especie de túnel semi oscuro. Se escuchaba un sonido gutural que provenía de la calle San Lorenzo cerca a los manzanos de la iglesia principal, a

solo unas cuadras de casa; lo supe por el enorme cartel que habían colgado las abuelas para la colectividad del fin de semana donde se armaban actividades para los pobres que venían de las villas.

Estaba descalza —siempre lo estoy en mi sueños, no entiendo la razón. Llevaba un enterito color mostaza que me había regalado Alejandra hacía ya tiempo y que nunca usaba por vergüenza, ya que dada mi textura física no me favorecía en lo más mínimo.

Llamó mi atención una mancha de sangre color carmesí que brotaba sobre la manga y brillaba en la oscuridad de la noche. Cuando observé mi mano corroboré que también tenía sangre, pero ya seca y con un olor asqueroso que emanaba de mis poros.

Me refregué pero la mancha no salió, después la olvidé y seguí caminando. No tenía idea de donde estaba, ni qué hacía ahí. Solo seguí caminando hasta toparme con una playa.

Era una playa extensísima con arena blanca y algo de piedras pequeñas desparramadas a lo largo de toda la orilla del mar, similar a la playa que bordea el Camino del Sol, cerca a la bahía.

Las estrellas alumbraban como si fuesen una luz artificial. No había nadie a mí alrededor, resaltaba mi sombra sobre la arena húmeda.

Caminé unos cuantos minutos siguiendo la línea recta que dejaba el mar sobre la orilla, intentando no mojarme los pies. A pesar del aire cálido podía sentir que el agua estaba demasiado fría.

Más allá del lugar en el que me encontraba, a unos cincuenta metros de distancia había alguien parado en la misma dirección, no podía verle la cara, solo observé su figura y como miraba hacia el mar con las manos en los bolsillos. Parecía petrificado. Tendría un metro setenta de altura aproximadamente y un pelo rizado precioso.

Sus ojos estaban todavía demasiado lejanos para poder descubrirlos.

Me acerqué con intriga caminando con cuidado para no hacer ruido y no asustarlo, él seguía en la misma posición, podía confundirse perfectamente con un árbol.

El hombre escuchó el sonido de una rama que quebró al pisarla; dio la vuelta y me vio detrás. Simultáneamente comenzó a caminar en dirección al Oeste con velocidad.

Le seguí los pasos, podía pasar noches enteras pensando en cómo eran sus ojos. Y sus ojos, con la precariedad de la luz que irradiaba la luna se configuraron en los de un cuervo.

Los pasos que dejaba estaban tan marcados que podía observarse con detalle la suela de sus zapatos.

Temí que fuera peligroso y disminuí el ritmo de la marcha. El hombre por lo pronto no volvió a voltearse, siguió caminando cada vez más rápido hasta finalmente extinguirse en la neblina.

Yo aceleré el paso pero ya me encontraba demasiado lejos como para alcanzarlo. Grité, no sé para qué, ni quisiera sabía quién era, pero de todas maneras ya era demasiado tarde. Ahora me asaltaría la incertidumbre y la impotencia. Me había quedado en la mitad del

camino inmóvil, como solía hacer siempre que algo me desconcertaba.

Me resultaba extraño que todo aquello no pareciera ser una pesadilla, mis pesadillas, por lo general eran tormentosas y siempre me dejaban una angustia en el pecho difícil de extinguirse.

Además, en el sueño era consciente de que estaba soñando, por eso tenía el valor de gritarle a un hombre que desconocía.

Yo siempre pienso que la realidad y lo que uno sueña son una misma cosa. A mí, siempre las realidades, paralelas o no, se me mezclaron como si fueran recuerdos de hechos que pasaron. A tal punto de no llegar a comprender qué es lo real y qué está alterado por la memoria.

Mis pies desnudos eran anclados a la arena mojada. El agua helada cortaba mi circulación generándome un dolor insufrible. Ya no podía moverme. Permanecí como una estaca en aquel sitio mirando hacia el mar picado; una ola prominente cayó vorazmente sobre mí devolviéndome a la realidad insustancial en mi habitación.

Mis manos me iban perteneciendo nuevamente, la piel volviéndose cada vez más cálida comenzaba a sentir, el tiempo que duró ese sueño pareció ser eterno; partes perdidas, olvidadas; fragmentos cascados como si fueran un espejo que se derrumba y cae atrozmente al suelo dejando restos que no son más parte de sí, sino piezas particularizadas, aisladas y ajenas unas de otras; encuentros marginales me abolían la razón.

Los recuerdos de todo son cada vez más cercanos y se van armando como un rompecabezas de piezas perdidas devueltas a su lugar de origen. Se acerca el día y con él una nueva posibilidad de vivir. Intentaré no decir mi nombre, no hace falta. Pero sí hay un nombre que es necesario para poder comprenderme. Un nombre en el que voy a encarnizarme para no sentir que me perdí completamente. Comienzo con el sueño de aquel hombre en la playa porque es representativo. Desde este día los días serán distintos, o incluso demasiado iguales.

Escribo porque necesito registrar los hechos previos, tener una especie de memorándum. Quizás incluso un día entienda cómo fue que llegó este momento. No voy a decir nada nuevo: la vida es escalofriante. La vida puede ser la peor o la mejor cosa creada.

Hoy es lunes. Un lunes lluvioso y húmedo. El sonido de los grillos llega hasta la habitación y me siento menos sola. Es de madrugada y tuve otra vez un sueño que me abatió completamente. Creo que será mejor no escribir los días, al fin y al cabo acá lo único importante es escribir para desafiar al tiempo. Voy a escribir de todo y sin tapujos. Cosas más o menos lindas. Disparates que tal vez ni yo misma recuerde al día siguiente. Así soy yo. Una cosa deforme y entrañable.

Quiero sentirme parte del mundo, llegar a través de las palabras a mí misma aún sabiendo que es difícil vivir conmigo.

Hoy este hombre de pelo rizado suplanta a aquel de los ojos rojos por el cual grité infinitas noches en mi

niñez saltando de la cama. Una pesadilla reemplaza a otra, menos monstruosa pero más peligrosa.

Me levanto de la cama queriendo desesperadamente un café amargo. A veces se me da eso de querer algo de repente y necesito saciarlo. Abro las puertas del balcón para ver el estado del mar. Se escucha el sonido sedante del mar golpeándose contra las rocas.

Las nubes se despejan y va amaneciendo. Me pongo un sweater y bajo a la cocina. La lluvia es perfecta.

El café impactó en mis entrañas como una piña demolidora.



